

también, en una palabra. El glosógrafo no creyó necesario glosar el supuesto de esa predicación final, *in ecclesia accedat* (e. d., *ad ecclesiam accedat*, como se hubiera escrito y construido en otros tiempos), mas sí tal predicación, que no juzgaría claramente reflejada en el acus. *ad osculum*, interpretado *a salutare*. Como creemos que las glosas permiten "ver al trasluz" las estructuras sintácticas del romance contemporáneo de tales textos, damos al giro destacado la valoración propuesta. Mas huelga decir que damos también a todas las opiniones personales en esta "nota" enunciadas el muy relativo valor que la humildad de su origen les confiere. Conste así de una vez para siempre.

P. U. G. DE LA C.

UNA PESQUISA ACERCA DEL VERBO *HABER*

Cuando comenzamos a pensar sobre este asunto, sea, sobre la evolución semántica del verbo *haber* hasta llegar a su actual estado de verbo impersonal exclusivamente, cuando no auxiliar, creímos poder llegar a alguna conclusión. Lejos de eso, no sólo no hemos logrado concretar una opinión sobre el asunto, sino que han surgido nuevas dudas, cuya exposición nos parece interesante para activar la curiosidad de los eruditos, en el deseo de que ellos, más diestros, sepan hallar los socavones en que se ha de encontrar tan rica veta.

La evolución fonética de este verbo está perfectamente investigada, y paso a paso puede seguirse el movimiento evolutivo desde la forma latina hasta la del actual castellano. Sobre eso no caben ya ni discusiones ni dudas; basta consultar la *Gramática histórica* de Menéndez Pidal para que quede complacida la curiosidad más exigente. No sucede lo mismo en cuanto a la evolución semántica, con respecto a la cual se nos presentan estos problemas:

a) IMPERSONALIDAD.—Hoy este verbo es típicamente impersonal, pues cuando lo usamos como verbo principal no puede tener otro carácter, sino en la forma anticuada, de escasísimo uso, como sinónimo de *tener*. Como auxiliar no puede contar como verbo; es en realidad una simple partícula que marca algunas inflexiones de la conjugación de otros verbos. No se ha explicado claramente todavía cómo pasó *haber* de su significación de *tener*, con carácter de verbo transitivo y personal, es decir, usado siempre con sujeto expreso o tácito, a su actual acepción indicadora de la existencia y caracterizado por ser absolutamente impersonal. En la lectura de las obras de la literatura arcaica no hemos encontrado esa paulatina evolución que se halla en cuanto a otros elementos lingüísticos. Pero sí es fácil hacer esta observación: en el *Poema del Cid* apenas si aparece este verbo acompañado del ad-

verbo y o *i* o *hi*, o sin él algunas veces, usado como impersonal o unipersonal. En tan largo poema sólo aparece una que otra vez:¹

Entre Minaya — e los buenos que *i ha*
acordados foron — cuando vino la man.

Todos eran ricos — quantos que allí *ha*

En casa de mio Cid — non *a* dos mejores
que sopiessen las mañas — d'infantes de Carrión.

También se encuentra una forma más avanzada en que se unen verbo y adverbio:

No lo quiero fallir por nada — de quanto *ay* parado.

Además aparecen construcciones sin el adverbio:

Que val, Minaya, — toda *essa razón?*
ca en *essa cort* — afartos *ha* pora vos.

Y el clásico ejemplo, aparecido en todas las explicaciones acerca de la historia, escasa historia por cierto, del verbo *haber* como impersonal:

Tales *i a* que prenden, — tales *i a* que non.

Estamos casi seguros de que no se encontrarán en el *Poema* otros casos, de esta, al parecer incipiente impersonalidad del verbo *haber*, fuera del único, citado por don Fernando Araujo en su *Gramática del Poema de Cid*: “quantos en el mundo y *ha*”, no obstante ser el autor tan pródigo en la cita de construcciones o vocablos comprobatorios de sus asertos.

Pues bien, si tal sucede en el *Poema del Cid*, en Berceo se observa muy otra cosa: el empleo de haber como impersonal es abundantísimo, y casi parece, en los *Milagros de Nuestra Señora*, que ya se hubiera hecho ley el comienzo de las narraciones con *había una vez*.

Ejemplos:

Avie hi grand abondo de buenas arboledas

(*Milagros de Nuestra Señora*. Introducción).

En Toledo la buena, *essa villa real*
que iaze sobre Taio *essa agua caudal*,
ovo un arzobispo, coronado leal

(*La casulla de Sn. Ildefonso*).

¹ Hemos tenido a la vista la edición de Alfonso Reyes, quien a su vez aprovecha los estudios de Menéndez Pidal.

Quando vino la ora de maitines cantar
non *avia* sacristano que podiese sonar

(*El sacristán impúdico*).

Bien avie XXXta días que era soterrado

(*El clérigo y la flor*).

Hasta los XXX días avie poccas mannanas

(*Los dos hermanos*).

Entre los senadores non avie más lozano

(*Los dos hermanos*).

Podrían citarse muchísimos versos más en que aparece ya perfectamente constituida la impersonalidad del verbo haber en Berceo, fuera de que se hallan en sus obras muchos casos de ambigüedad. P. ej:

Entre las otras malas avia una bondat.

(*El ladrón devoto*).

Esto puede traducirse: "entre las otras malas *tenía* una bondad" o bien "había una bondad".

Cabe observar además que, en cuanto al elemento fonético la diferencia entre las formas usadas en el *Poema del Cid* y en Berceo son muy escasas; fuera de que aparecen constituidas ya las formas del futuro y del pospretérito: *avré*, *avria*, sustituyendo la perífrasis usada antes, las demás formas del verbo no han evolucionado; de modo que el cambio semántico que se nota no va paralelo con el cambio fonético. Por otra parte, Berceo continúa usando con suma frecuencia el verbo *haber* por *tener*, como en el *Poema del Cid*, y como en éste, el verbo *ser* es usado por el autor de los *Milagros*, para designar la existencia en vez de hacerlo con *haber*.

Ejemplos: *Haber* igual a *tener*:

En el *Poema del Cid* es lo constante ese uso; en Berceo es sumamente frecuente. Así:

Las aves que organan entre esos fructales,
que *han* las dulces voces, dicen cantos leales

(*Milagros de Nuestra Señora*. Introducción).

Siempre con la Gloriosa ovo su atenencia

(*La casulla de Sn. Ildefonso*).

Non ovieron los angeles razón de vozealla,
ca ovo la fin mala, e asín fue sin falla

(*El sacristán impúdico*).

En las dos fuentes que indicamos también se usa *ser* para indicar la existencia en vez de *haber*, pero con mayor frecuencia, naturalmente, en el *Poema del Cid*.

En el *Poema del Cid*:

Sin las peonadas e omnes valientes que *son*
 notó trezientas lanças que todas tienen pendones
 Con estos cómplansse ciento de los buenos que i *son*

De suso cubrió un manto que es de grant valor,
 en ellé abrien que veer quantos que i *son*.

En Berceo:

Quantos que *son* en mundo iustos e peccadores
 (*Milagros de Nuestra Señora*. Introducción).

Non es nomne ninguno que bien derecho venga,
 que en alguna guisa a ella non avenga
 (*Milagros de Nuestra Señora*. Introducción).

Un monge beneito fué en una mongía
 (*El sacristán impúdico*).

Como se ve, en todos los aspectos, excepto en el de la impersonalidad, el *Poema del Cid* y las obras de Berceo ofrecen muy escasas diferencias fonéticas y semánticas. Sólo en cuanto al uso del verbo como impersonal hay en Berceo un avance que no guarda relación con el movimiento evolutivo de los otros aspectos.

Tales hechos nos han inducido a pensar — simple hipótesis, naturalmente — que la impersonalidad del verbo *haber* se constituyó por tendencia o corriente de los eruditos y no por el uso popular. Sólo así logramos explicarnos cómo es tan escaso su uso en el *Poema del Cid* (anónimo, popular) y tan abundante en Berceo (Mester de Clercía). La distancia entre el *Poema del Cid* y los *Milagros de Nuestra Señora* no alcanza un siglo: breve período para que se realizara un cambio tan absoluto. Lo probable es que tal impersonalidad venía ya usándose, en un lento desarrollo en la literatura erudita. Nos confirma en nuestra creencia la opinión de Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante, según los cuales (*Diccionario latino-español etimológico*), el verbo *habeo* tuvo la acepción de *morar, habitar*, es decir permanecer en un sitio, si bien antes de la época clásica; y agregan que en buena prosa se usaba *habito*, su derivado, con la referida acepción. Hay, pues, desde la época preclásica latina una tendencia a significar con este verbo la circunstancia de existir o permanecer en un lugar. Si a esto se agrega que el cambio semántico a que venimos refiriéndonos es común a otros romances, tendremos nuevo motivo para creer que el uso de *haber* como impersonal venía gestándose en el vientre de la lengua madre, y nos llegó por la vía erudita y no por la popular, si bien desde muy temprano tal uso se aclimató en el habla general.

b) HABER COMO VERBO AUXILIAR.—Es generalmente sabido que las for-

mas compuestas de los verbos castellanos, sea: antepresente, antepretérito, antecopretérito, antepospretérito y antefuturo, etc. en la nomenclatura de Bello, o pretérito perfecto, pretérito anterior, pretérito pluscuamperfecto, potencial perfecto y futuro perfecto, etc., en la nomenclatura de la Academia Española, son todos de formación romance; es decir, que en la lengua madre no sirvió el verbo *haber* para la formación de tiempos verbales. *Haber* se llegó a convertir en auxiliar, según la opinión corriente en todas las gramáticas, a fuerza de usarlo con la significación de *tener* junto a un complemento directo modificado por un participio pasivo, en función, este participio, netamente adjetival. Así:

A so castillo a los moros dentro los *an tornados*

(*Poema del Cid*).

Esta es la construcción corriente en el *Poema del Cid*; no obstante, ya en él se nota la tendencia a estabilizar la terminación de singular masculino del participio para todas las ocasiones; y así se lee:

Sobejanas son las ganancias que todos *an ganado*.

Aquí ya no hay concordancia entre *ganancias* y el adjetivo *ganado*. También aparece en el *Poema*:

Mío Cid Roy Diaz, el que en buena nazco,
al rey Fariz tres colpes le avie dado.

Aquí no hay concordancia en cuanto al número entre el complemento directo *colpes* y el adjetivo (participio) *dado*.

En esa forma, no hay duda se llegaron a consolidar los tiempos compuestos de nuestros verbos; pero si no cabe discusión acerca de la evolución de esos tiempos compuestos cuando se trata de *verbos transitivos*, sí cabe, y no conocemos tentativa de explicación alguna, en cuanto a la formación de los mismos tiempos de los *verbos intransitivos*. Porque "el agua nos *an vedada*" que aparece en el *Poema* es origen natural y lógico de lo actual: "el agua nos *han vedado*"; pero si tomamos un verbo intransitivo, como *brillar*, no podemos usar su participio como adjetivo de un complemento directo que tal verbo, por naturaleza, no puede llevar. Por consiguiente no podemos pensar en que el origen de los tiempos compuestos de estos verbos intransitivos sea esa construcción con un acusativo y el participio, ya que, cuando el verbo *haber* significaba *tener*, si expresiones como "el agua nos *an vedada*" tenían el sentido de "el agua nos tienen vedada", la construcción "ha brillado" con equivalencia de "tiene brillado" carecía en absoluto de significación y contrariaba todas las normas de la sintaxis. Así pues, si la evolución descrita clásicamente en las gramáticas para explicar el uso de *haber* como auxiliar es válida para los verbos transitivos, no puede serlo para los intransitivos. Los tiempos compuestos con *haber* en estos

verbos son un hecho real en la lengua, y urge buscarles su génesis lógica. Provisionalmente pensamos que a esa formación se ha llegado por analogía, y aun esta suposición es quizá una simple manera de salir del paso.

Ojalá podamos oír la voz de los más sabios.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO.

San José de Costa Rica.

DIEGO RAFAEL DE GUZMAN

El 27 del mes de febrero de 1948 cumpliósse el centenario del nacimiento de D. Diego Rafael de Guzmán, uno de los más castizos escritores de aquella brillante época de las letras colombianas que se inició en el siglo pasado y que se ha perpetuado hasta el presente, contando siempre con lo más selecto de la producción literaria nacional.

Nació el señor de Guzmán en Guaduas, pero, por adopción, fue un bogotano auténtico, y desde su primera juventud se reveló como hombre de letras. Así lo refiere D. Antonio Gómez Restrepo, quien añade que, a pesar de que sus arraigadas convicciones le llevaron en la primera época de su vida al campo de batalla (formó parte de la guerrilla de Guasca en 1876), fue ajeno a las ambiciones políticas. Rehuía (tal era el término que acostumbraba usar) las discusiones acaloradas de asuntos de este género, para él enojoso, y prefería aquella amena conversación donde, si accidentalmente se tocase tal materia, lo fuese, o bien en forma serena y elevada, o por estilo agudo y aun regocijado y exento de acrimonia, aunque no lo fuese por entero de gracia epigramática. Ojalá todos los colombianos tuvieran el mismo gusto.

Conocía como pocos nuestra lengua castellana, y el trato frecuente con los clásicos habíale comunicado un estilo castizo y propio, donde las formas algo arcaicas en que, como lo observa su sucesor en la secretaría perpetua de la Academia Colombiana, solía envolver su pensamiento, no eran en manera alguna prolija labor de taracea, sino espontánea manera de expresarse, aun en la conversación familiar, pues había convertido en substancia propia lo que tendríamos los demás que ir a buscar en los textos de la edad de oro. Era, pues, natural en él esta forma de expresión, y por serlo era a la vez original y agradable, puesto que en la naturalidad y no en la servil imitación de forma, de giros o de uso del léxico consiste el mérito del estilo. Feijóo, en una de sus *Cartas eruditas y curiosas* hace notar esta circunstancia importantísima; y en este caso, la naturalidad en el señor de Guzmán era hablar a la manera clásica.

Título sobrado le dio esta plena posesión del idioma y de las doc-